

La dimensión humana de la economía y de la política en el pensamiento de Adriano Olivetti

Silvio Spiri*

Liceo Marzolla de Brindisi; Presidente del
Centro Cultural San Martino, Puglia, Italia
silvio.spiri@gmail.com

Revista Cultura Económica

Año XLII • N°108

Diciembre 2024: 35-49

<https://doi.org/10.46553/cecon.42.108.2024.p35-49>

Resumen: En este artículo se delinean los rasgos esenciales de la vida y la obra extraordinaria y compleja de Adriano Olivetti. Él creó un nuevo modelo empresarial en Ivrea basado en una concepción humanista de la economía. Su filosofía económica coloca a la persona y al trabajo en el centro, destaca la importancia de las fuerzas y valores espirituales y culturales, considera la industria como una fábrica de bienestar para toda la comunidad, busca las condiciones para lograr el bien común dentro de una comunidad concreta y otorga prioridad a la persona frente al Estado. Esta concepción tiene sus raíces en la civilización cristiana, que no considera el beneficio individual como el fin último de la actividad económica, sino que pone en el centro el bien integral de la persona y de toda la comunidad. Desde esta perspectiva, Adriano Olivetti puede ser considerado un precursor de la economía civil. Olivetti se inspiró en el personalismo comunitario de Maritain y Mounier, y trató de implementar un orden político basado en las comunidades mediante la creación del "Movimiento Comunitario". En el estatuto y la declaración política de este movimiento se manifiesta una visión federal del Estado, el principio de autonomía, descentralización y participación política de los trabajadores, la insistencia en los valores espirituales y cristianos, y una concepción de la economía socializada pero no estatalizada. El legado cultural y político de Olivetti es verdaderamente significativo y espera ser desarrollado plenamente en el tercer milenio.

Palabras clave: persona y comunidad; Estado; economía con rostro humano; personalismo comunitario; economía civil; fábricas de bienestar

The human dimension of economics and politics in Adriano Olivetti's thought

Abstract: This article outlines the essential features of the life and extraordinary and complex work of Adriano Olivetti. He created a new business model in Ivrea based on a humanistic conception of economics. Its economic philosophy places the person and work at the center, highlights the importance of spiritual and cultural forces and values,

considers the industry as a factory of well-being for the entire community, seeks the conditions to achieve the common good within a specific community and gives priority to the person over the State. This conception has its roots in Christian civilization, which does not consider individual benefit as the ultimate goal of economic activity, but rather places the integral good of the person and the entire community at the center. From this perspective, Adriano Olivetti can be considered a precursor of civil economy. Olivetti was inspired by the communal personalism of Maritain and Mounier, and sought to implement a community-based political order by creating the "Community Movement." In the statute and political declaration of this movement, a federal vision of the State is manifested, the principle of autonomy, decentralization and political participation of workers, insistence on spiritual and Christian values, and a conception of the socialized but non-stated economy. Olivetti's cultural and political legacy is truly significant and hopes to be fully developed in the third millennium.

Keywords: person and community; State; economy with a human face; community personalism; civil economy; welfare factories

I. La vida y la obra de Adriano Olivetti

Adriano Olivetti fue un empresario innovador, político, editor, urbanista, arquitecto, escritor y sociólogo. En su actividad económica y política se refleja una concepción integral del ser humano y la sociedad, más allá de cualquier reduccionismo antropológico o etiqueta política que pudiera atribuírsele. Nació en Ivrea en 1901. Su padre, Camillo, fundó en 1908 la primera fábrica italiana de máquinas de escribir, guiado por una gran humanidad hacia los trabajadores. Esa fábrica, construida con ladrillos rojos, representó una primera experiencia industrial en Ivrea, que sería desarrollada de manera extraordinaria por su hijo Adriano entre las décadas de 1930 y 1960.

En 1913, Adriano tuvo su primera experiencia en la fábrica, quedando impresionado por los ritmos del trabajo en cadena. En 1918, durante la Primera Guerra Mundial, se alistó como voluntario en el cuerpo de alpinos, aunque no llegó a combatir en el frente. Cursó sus estudios universitarios en Turín, donde se graduó como ingeniero en el Politécnico. Durante el bienio rojo presenció grandes manifestaciones de trabajadores y huelgas con ocupación de fábricas. Observando una imponente marcha en Turín, describió el fracaso de la revolución socialista en Italia.

En la década de 1920, con el ascenso del fascismo en Italia, Adriano fue considerado subversivo por el régimen. En 1925, su padre lo convenció de

realizar un viaje a los Estados Unidos para observar el sistema de producción taylorista a través de visitas a las principales empresas americanas. De regreso a Ivrea, en 1933 asumió el cargo de director general de la empresa, transformando el modelo artesanal de producción en un sistema industrial, a pesar de las reservas de su padre, quien temía que una gran fábrica pudiera deshumanizar a las personas. Al asignar la reorganización de las instalaciones a su hijo, Camillo le dijo: “Puedes hacer cualquier cosa, excepto despedir a alguien debido a la introducción de los nuevos métodos, porque el desempleo es el peor mal que afecta a la clase trabajadora” (Olivetti, 2023a: 41).

A medida que crecía el número de trabajadores, se implementaron innovaciones importantes: en 1934 se estableció la asistencia médica en la fábrica, en 1935 comenzó a funcionar una guardería, en 1936 se creó un centro de formación para mecánicos destinado a los hijos de los trabajadores, y en 1938 se inauguró un comedor para empleados. Otra medida destacada fue la creación de la ALO (Asistencia a las trabajadoras de Olivetti; por sus siglas en italiano: *Assistenza lavoratrici Olivetti*), que protegía a las madres trabajadoras y reconocía el derecho a un salario equivalente al 80% del sueldo durante nueve meses y medio de embarazo, además de garantizar asistencia médica, higiénica y educativa. Desde 1952, se abrieron en los pueblos del Canavese consultorios gratuitos accesibles para toda la población, ofreciendo asistencia obstétrica y prenatal.

Adriano también vivió la inmensa tragedia, el “escándalo moral” de la Segunda Guerra Mundial, con la crisis del 25 de julio y el 8 de septiembre, el oscuro período de la ocupación alemana y la lenta reconstrucción posterior, marcada por profundas transformaciones sociales, culturales y políticas¹.

Desde el punto de vista político, tras la experiencia de los regímenes totalitarios, Olivetti observó con preocupación la crisis de la posguerra y criticó la partidocracia italiana, incapaz de interpretar las demandas de un nuevo orden que pretendía realizar. Inspirado en los valores del cristianismo y el socialismo reformista europeo, fundó el Movimiento Comunitario, con el objetivo de modernizar social y económicamente el país. Su acción política alcanzó su punto culminante con su elección como diputado en 1958, mientras que el número de empleados de su fábrica creció notablemente hasta alcanzar los 36,000. Ese mismo año, realizó una inversión significativa al adquirir la empresa estadounidense de máquinas de escribir Underwood.

La muerte repentina de Olivetti en 1960 interrumpió los proyectos de una vida extraordinaria que no encontró sucesores con su visión. Sin

embargo, el legado moral que dejó es inmenso. Su personalidad polifacética, como empresario, político, urbanista, arquitecto y filósofo, marcó las directrices de una auténtica revolución personalista y comunitaria, inspirada en el personalismo filosófico de Mounier y Maritain, las reflexiones sobre la condición obrera de S. Weil, el humanismo cristiano y la cultura de la solidaridad. Las fuerzas espirituales de la justicia, la equidad, la solidaridad, la verdad y la belleza encontraron plena expresión en su actividad económica y su compromiso político.

II. Persona y comunidad

La visión de la relación entre persona y comunidad, su reflexión sobre la función de la economía y de la industria en la sociedad, y su concepción de la responsabilidad social de las empresas sitúan a Adriano Olivetti entre los pioneros de la economía civil, basada en el respeto a la dignidad humana y a la comunidad. Esta perspectiva se configura como una utopía posible que traza una tercera vía frente al capitalismo fordista y taylorista, pero también frente al socialismo y el comunismo. Adriano Olivetti no se limitó a criticar la dimensión fría y deshumanizante del capitalismo productivo, sino que desarrolló una propuesta concreta en la que la economía se pone al servicio del ser humano y del bien común, el cual no debe reducirse nunca a la suma de bienes individuales. En el centro del proyecto de Olivetti se encuentran los valores del espíritu y la cultura, que representan la dimensión espiritual y trascendente de la persona. Esta se manifiesta a través del trabajo y da lugar a una esfera económica y productiva fundamentada en una visión humanista y cristiana, que no reduce al ser humano a su dimensión material, sino que reconoce la raíz de la personalidad en el espíritu y asume la unidad dual de alma y cuerpo.

La nueva sociedad que Adriano Olivetti anhela en el período de posguerra, tras constatar las difíciles condiciones sociales y económicas de Italia, solo puede construirse a través de nuevas fórmulas que sean personalistas y comunitarias. La concepción del personalismo comunitario de Olivetti se vincula idealmente al pensamiento de los filósofos franceses Emmanuel Mounier y Jacques Maritain. Estos autores desarrollaron una perspectiva filosófica en la que la persona es el centro y el eje de la vida social y política, reconociendo tanto su dignidad como los derechos inherentes a cada ser humano, sin ignorar la importancia de la comunidad de personas. En este contexto, la comunidad no se concibe como un simple conjunto de individuos aislados, sino como una realidad integrada y dinámica, en la que

cada persona encuentra su plena realización junto con los demás, de quienes es y se siente responsable.

Olivetti asimiló estas enseñanzas, pero añadió una dimensión particularmente relevante: su idea de comunidad no es solo ética o política, sino también económica.

La comunidad de la que habla Olivetti debe ser concreta, visible, tangible; una comunidad ni demasiado grande ni demasiado pequeña, territorialmente definida, dotada de amplios poderes, que proporcione a todas las actividades la indispensable coordinación, eficiencia y respeto por la personalidad humana, la cultura y el arte que la civilización humana ha logrado en sus mejores expresiones (Olivetti, 2023b: 33).

No se trata de una utopía irrealizable, sino de un programa concreto que señala un contexto existencial que debe activarse. La persona no puede separarse del entorno en el que vive, sino que debe participar en una empresa, en el trabajo, en la cultura y en la vida social. La concepción olivettiana de la empresa como un lugar de realización humana a través del trabajo es una respuesta a las injusticias generadas por el sistema capitalista, que reduce a la persona a un simple productor o consumidor.

III. La concepción del Estado

La idea del Estado según Adriano Olivetti refleja la concepción del personalismo cristiano. En la filosofía política de Rosmini, en el personalismo comunitario de Maritain, Mounier, así como en la reflexión de Giorgio La Pira surge una conciencia compartida que también expresa Olivetti: “los peligros y males del siglo XIX y XX son el individualismo y la idolatría del Estado” (Olivetti, 2015: 92). Para Olivetti la persona no está al servicio del Estado, sino que el Estado está al servicio de la persona, quien participa en la construcción del bien común sin pertenecer a un poder constituido. La comunidad concreta, de la que habla Olivetti, derriba la idolatría del Estado y la hegemonía de los partidos, siendo capaz de transformar la estructura económica monopolística que se opone al progreso humano integral de toda la humanidad. Esta visión humanista exige la prioridad de la justicia y la política sobre la economía, con referencia a valores eternos como el triunfo de la dignidad de cada persona dentro de una comunidad orientada hacia la realización del bien común.

Ningún hombre, ni siquiera el más pobre o el más débil, puede pertenecer al Estado. Para que la persona sea verdaderamente libre y posea un valor

espiritual absoluto, infinitamente más importante y elevado que cualquier valor del orden económico o político, es necesario que el Estado exista para el hombre y no el hombre para el Estado. Así, el problema central de la democracia se convierte en encontrar la orientación espiritual y el mecanismo que permita crear un Estado capaz de dar lugar a una sociedad verdaderamente libre, sometida únicamente a las fuerzas y formas del espíritu (Olivetti, 2023b: 30).

Esta concepción instrumental del Estado también se encuentra en Maritain, en su obra *El hombre y el Estado*. La insistencia en los valores espirituales, que también fundamentan las ideas políticas de los grandes partidos de masas, refleja el intento de Olivetti de ir más allá del poder oculto de los aparatos partidistas, de la maquinaria burocrática y de la penumbra de las comisiones técnicas. El motor para la regeneración de la política y la participación democrática radica en la capacidad de devolver la supremacía a los valores espirituales, hoy negados y descuidados por un capitalismo desenfrenado que se erige como una nueva religión de la humanidad.

Para redescubrir las fuentes inspiradoras de una auténtica civilización, es necesario abandonar las concepciones materialistas de la historia e iluminar la acción política con los valores insustituibles del cristianismo (Olivetti, 2023b: 32).

De ello se deriva el compromiso social y económico que obtiene su fuerza e inspiración de las fuentes de la fe cristiana, y no de ideologías políticas en oposición entre sí. Por otra parte, la crisis incipiente de los partidos, que Olivetti vislumbra con notable anticipación, exige una renovación del compromiso social y político, con fórmulas nuevas que no pueden ser sino personalistas y comunitarias. Sin embargo, es fundamental tener claro que el personalismo comunitario no es el resultado de confusiones ideológicas inadmisibles, y

no se concreta simplemente añadiendo una cruz a las banderas rojas de la revolución proletaria, sino construyendo día tras día nuevos organismos dentro de las comunidades, las fábricas y las regiones (Olivetti, 2023b: 29).

Esto significa que el Estado no puede ser el árbitro absoluto de los destinos de los individuos, tratados como medios para alcanzar otros fines. Dos consideraciones se desprenden de esta concepción del Estado democrático y de la democracia difundida de Adriano Olivetti: en primer lugar, la relevancia de la persona entendida como un fin en sí misma y no como un medio; en segundo lugar, es importante señalar que, en la valorización de la dimensión comunitaria de la persona, se anuncia el

principio de subsidiariedad tanto vertical como horizontal. La relación de coordinación entre el Estado, las regiones, las provincias y las comunidades constituye la subsidiariedad vertical, e implica que el nivel superior no debe sustituir al nivel inferior en el ejercicio de competencias administrativas específicas, sino actuar como apoyo en caso de necesidad. Por otro lado, la dimensión espiritual, personal y comunitaria que se realiza a través de la participación de los ciudadanos corresponde a lo que se define, incluso a nivel jurídico constitucional, como “subsidiariedad horizontal”, destinada a garantizar y promover la iniciativa autónoma de los ciudadanos que contribuyen, dentro de la comunidad, a la construcción del bien común. Las múltiples formas de participación no se limitan a la organización de partidos o a la representación partidista, sino que requieren la capacidad de cooperar para fortalecer los lazos comunitarios. Se trata de una democracia difundida que es capaz de devolver valor y significado a la acción política, social y económica de los ciudadanos activos.

Más precisamente, Olivetti propone una concepción descentralizada del Estado, única verdadera forma de Estado democrático, en línea con el dictado constitucional. Él aboga por una creciente autonomía de los territorios, sin nunca dispersar el principio de coordinación entre los niveles institucionales. Además, Olivetti subraya un aspecto novedoso para la época en la que escribe su programa político, el papel fundamental que deberían asumir las regiones italianas en la gestión y financiamiento de las obras públicas esenciales y en la prestación de servicios: la construcción de escuelas, hospitales, acueductos, viviendas, bibliotecas. En la arquitectura del Estado delineada por Olivetti, tienen cabida todos los niveles institucionales previstos por la Constitución. El Estado, las regiones, las provincias, las comunidades —es decir, el consorcio de municipios— y los municipios individuales forman la integralidad de la propuesta de Olivetti, que dibuja un horizonte y una concepción de Estado democrático hacia la cual tender. Sin embargo, esto implica la conciencia de que se debe comenzar desde lo pequeño y desde abajo, a partir del tejido social de los centros culturales, las comunidades fabriles, los centros comunitarios y los municipios. La novedad está representada, sin duda, por la referencia a las comunidades, en las que el Estado toma forma y cobra vida. Invirtiendo la situación tradicional en la que los partidos crean las cooperativas y las explotan, y los diputados son designados por las clases dirigentes de los partidos a través del sistema proporcional, Olivetti propone una situación diferente, definida por el hecho de que el Estado toma forma en las comunidades concretas. De hecho, las comunidades encarnan un orden concreto, profundamente enraizado en la

vida, la cultura y el trabajo. Esta concepción también se desarrolla en acción política a través de la fundación del Movimiento Comunitario en Ivrea en junio de 1947, precedida por la creación en Roma de la revista *Comunità* en marzo de 1946. Este Movimiento no pretende ser otro partido, sino que propone un modelo alternativo a los partidos que buscan el consenso y reivindican el derecho exclusivo al ejercicio de la soberanía. Al contrario, según Adriano Olivetti,

En el esquema de las comunidades, los centros comunitarios —que son las células democráticas—, la cultura organizada y las fuerzas del trabajo crean, juntos, las comunidades. Estas comunidades darán lugar al Estado; la política se desarrollará dentro de las instituciones. No habrá otros poderes que cuestionen o disputen su soberanía (Olivetti, 2023b: 39).

Si a algunos puede parecer utópica esta referencia, es necesario reconocer ciertos elementos de actualidad: en primer lugar, la crisis de los partidos, apenas incipiente en la época en que vivió Olivetti, pero ahora disruptiva en nuestras democracias. Los partidos han perdido credibilidad y ya no son capaces de activar, después de varias décadas, ese entusiasmo y esa participación popular, tanto aritmética como ideal, que en su momento lograron generar. En segundo lugar, de las palabras de Olivetti se desprende la convicción de que no existe democracia sin participación, y no hay participación sin vínculos comunitarios que deben ser fortalecidos y creados. Este es el presupuesto y el fundamento de la política como servicio a las personas, y no como interés de unos pocos en beneficio de ciertos expertos que, en ocasiones, se valen de los mecanismos democráticos para consolidar su propio poder, asegurando el consenso y los intereses de facciones en lugar de los de toda la comunidad. De hecho, "en las pequeñas comunidades vive el auténtico espíritu del pueblo y la fuente de la democracia". En el modelo comunitario y molecular, la comunidad es una red de pequeñas comunidades que convergen, de manera gradual, hacia una nueva forma de Estado descentralizado basado en el principio de solidaridad, que también podríamos definir mejor como principio de subsidiariedad. El análisis de la sociedad italiana lleva a Olivetti a observar las múltiples unidades territoriales, las llamadas pequeñas patrias, como un patrimonio cultural y ambiental que constituye la base y el fundamento de un tejido humano, social y ambiental que hace posible un desarrollo humano sostenible a nivel local. Los elementos físicos y los aspectos geográficos, las actividades económicas específicas que caracterizan un territorio, y las tradiciones culturales que forman el tejido humano donde se entrelazan las relaciones comunitarias, convergen para formar la unidad de la nación.

El método promovido por el **Movimiento Comunitario**, fundado por Olivetti, parte desde abajo y no impone modelos prefabricados desde arriba, sino que asume el horizonte de las comunidades concretas. Los **centros comunitarios**, creados y arraigados en numerosos municipios del Canavese entre 1950 y 1953 (Silmo, 2020), responden a esta necesidad con el objetivo de consolidar los lazos de amistad y solidaridad entre ciudadanos dispuestos a emprender el arduo camino hacia la comunidad y el bien común, basándose en los ideales de justicia y caridad. En este marco político, económico y social, la cultura se presenta como una herramienta poderosa de emancipación social, una auténtica fuerza liberadora para campesinos y obreros.

Creemos profundamente en la virtud revolucionaria de la cultura, que otorga al hombre su verdadero poder y su auténtica expresión, tal como el campo arado y la planta noble se distinguen del campo abandonado y yermo donde crecen las malas hierbas, y de la planta silvestre que no puede dar fruto. Así, nosotros, los comunitarios, avanzamos juntos, buscando los nutrientes espirituales que es nuestro deber proporcionar a los hombres para exaltar su *espíritu* y descubrir la nobleza de su corazón, ya que la tristeza del hombre es más profunda mientras no haya revelado a sí mismo su verdadera *conciencia interior*: aquella que permanece bien guardada en lo más *profundo de su alma* (Olivetti, 2023b: 43).

Con el objetivo de promover un plan de asistencia social, cultural, educativa y recreativa en los pueblos y pequeños centros del norte de Italia, los Centros Comunitarios constituidos en los años cincuenta dieron lugar a bibliotecas, cursos de cultura popular, actividades deportivas y recreativas. También promovieron servicios sociales y asistencia técnica en los campos de la agricultura y la industria. En estos centros, se discutían los problemas locales de la administración municipal, se buscaban soluciones y se abordaban cuestiones de política nacional e internacional. En cada Centro, la democracia se manifestaba a través de una asamblea general de socios, encargada de elegir un Consejo Directivo, el Presidente, el Colegio de Sindicatos y los Árbitros. Cada Centro contaba con un Secretario propuesto por el Secretario General del Movimiento Comunitario, en acuerdo con los miembros del Centro. El Secretario representaba, ante todo, al Movimiento Comunitario en el Centro donde desarrollaba su actividad. En cada Centro se llevaban a cabo elecciones libres para elegir a un responsable cultural, un responsable de servicios sociales y un responsable de servicios deportivos, promoviendo así los valores democráticos. Cada Centro recibía apoyo del Comité Central de la Comunidad, así como las cuotas de los socios,

donaciones de particulares o, en ocasiones, del propio municipio para cubrir los gastos de gestión.

En este experimento social y político surge la consideración del valor espiritual del ser humano, de la cultura como motor de desarrollo y del significado del trabajo. La conciencia interior, es decir, lo más profundo del alma, es el santuario de la personalidad donde se arraigan el compromiso y la acción social y económica.

En 1951 también nació el Centro de Terracina (Latina). Incluso en el sur de Italia surgieron Centros Comunitarios, aunque principalmente eran centros culturales: en Matera, Potenza y otros más pequeños en las áreas de Matera-Piccianello, Pisticci, Grassano, Rotondella, Nuova Siri, Guardia Perticara, Tursi, Bernalda, Pomarico, Grottole, Accettura, Stigliano, Montalbano, Montescaglioso e Irsina. En 1958 se añadieron Muro Lucano, Trivigno y Tricarico.

Junto con los centros comunitarios, la intensa actividad social y política de Olivetti también se concretó en la creación de otras herramientas en el Canavese, concebidas como verdaderos experimentos sociales y económicos para ser extendidos a otras partes de Italia: la Liga de los Municipios del Canavese, la Liga de las Comunidades de Fábrica, el I-RUR (Instituto para el Progreso Económico del Canavese) fundado en 1954, el Centro de Asistencia Social y el Instituto para la Renovación Urbana y Rural. Estos tenían como objetivo fomentar la formación de nuevas cooperativas agrícolas, nuevos establecimientos, empresas artesanales, industriales o agrícolas, proporcionando a las administraciones municipales asesoramiento técnico, social y económico. De esta manera, Olivetti buscaba abordar concretamente el problema del desempleo en las zonas más deprimidas del país. Actuar de esta forma significaba para Olivetti transformar un territorio en una comunidad caracterizada por la unión de objetivos y acciones.

Así nos encaminamos a ofrecer un ejemplo vivo de cómo es posible, a través de la idea, la fuerza y la organización del Movimiento Comunitario, alcanzar una paz laboriosa y dinámica dentro de un único programa concreto, fundamentado en el amor por la propia tierra y en el amor entre los hombres (Olivetti, 2023b: 46).

El proyecto de Olivetti, por tanto, aparece delineado y concreto, ya que se basa en el principio de solidaridad y participación comunitaria: los centros comunitarios son las células democráticas del Estado, los sindicatos

representan la energía dinámica, y los centros culturales son los lugares destinados a garantizar la capacidad y las competencias de los cuadros dirigentes. La comunidad tendrá vida cuando, con todos los órganos creados para este propósito, las fábricas trabajen para la comunidad, para la prosperidad, el bienestar económico y social, la seguridad y el progreso de cada individuo.

IV. Una economía con rostro humano

En la conciencia interior, es decir, en el alma, se encuentra el fundamento de una economía con rostro humano. Adriano Olivetti da forma a la convicción de que la fábrica debe estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la fábrica. Esto permite superar la explotación del obrero generada por el modelo liberal y taylorista, en el que la cadena de montaje se convierte en una forma de esclavitud y opresión, agravada por jornadas laborales que anulan el tiempo libre y por salarios bajos, totalmente insuficientes en relación con el coste de la vida. Por el contrario, la concepción olivettiana de una economía “con rostro humano” está estrechamente vinculada a la visión de la empresa como un factor de inclusión, transformación social y desarrollo humano sostenible. Este último concepto, aunque desarrollado a partir de los años setenta, ya estaba implícito en la intuición de Olivetti sobre los elementos constitutivos del desarrollo humano integral, que dieron forma a su acción económica. En esta concepción, se eliminan los motivos de conflicto entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida, por un lado, y entre el capital y el trabajo, por otro. Olivetti no concebía la industria como un fin en sí mismo, sino como un instrumento para mejorar la calidad de vida de las personas y las comunidades. Según él, la empresa tenía una función social que iba más allá del beneficio económico y debía incluir una visión ética y humanista: la economía debía responder a las necesidades del hombre y no reducirse a la mera lógica del mercado.

En esta visión, la empresa se concibe como un lugar donde las personas pueden trabajar, crecer y contribuir al bien común. La fábrica no debe centrarse únicamente en los índices de beneficios, sino que también debe generar cultura, riqueza y democracia. Empresarios, técnicos y obreros piensan y actúan juntos. En esta perspectiva de un capitalismo con rostro humano, se percibe una crítica a la condición obrera expresada por S. Weil (2016), quien fue un referente cultural y filosófico para Olivetti. Este enfoque anticipa temas que hoy son ampliamente debatidos, como la responsabilidad social empresarial, la economía social de mercado y la economía civil. Olivetti sostenía que el bienestar económico no debía ser un fin en sí mismo, sino un

medio para alcanzar un propósito superior: la mejora de la condición humana, el bienestar de la persona y de la comunidad, que se logra a través de la comunión y la cooperación por el bien común. Esto se opone al dominio excesivo del dinero y a la lucha por el poder, que enseguece y genera egoísmos e injusticias sociales.

V. Las Fábricas del Bien

Una de las innovaciones más importantes de Adriano Olivetti fue su concepción de la fábrica como un “lugar de bien”.

¿Qué es esta fábrica comunitaria? Es un lugar donde reina la justicia y domina el progreso, donde resplandecen la belleza, y el amor, la caridad y la tolerancia son nombres y voces llenas de significado (Olivetti, 2024: 38).

Consideraba que el bienestar de los trabajadores estaba indisolublemente ligado a la calidad del trabajo que realizaban y, a su vez, al bienestar de toda la comunidad. Por este motivo, la fábrica Olivetti se destacó en el panorama industrial por su atención especial a las condiciones de vida y trabajo de sus empleados, no solo en términos salariales, sino también desde una perspectiva cultural y social. Entre los años treinta y los sesenta, Olivetti transformó la ciudad de Ivrea en un modelo de comunidad industrial mediante la creación de una industria comunitaria. Para todos aquellos que trabajaban en la producción de máquinas de escribir, la fábrica de Olivetti no era simplemente un lugar de producción, sino un espacio integrado en el contexto social y cultural, un lugar de humanidad construido sobre los cimientos de la justicia y la equidad. La estructura de la fábrica de vidrio reflejaba, desde el punto de vista urbanístico y arquitectónico, el esfuerzo por construir armonía y equilibrio entre los espacios de trabajo y los espacios de vida de los trabajadores. Gracias a las innovaciones sociales y al sistema de bienestar empresarial, los empleados experimentaban un verdadero sentido de pertenencia hacia la fábrica. El trabajo diario no se consideraba una condena ni un factor de alienación, sino un camino hacia el desarrollo humano. La visión olivettiana de empresa se traducían en una serie de iniciativas sociales y culturales concretas que iban mucho más allá de la mera actividad productiva. El ser humano no era visto como un engranaje de un sistema productivo despersonalizado, sino como un sujeto activo en la sociedad, a través del trabajo entendido como un derecho humano y una forma concreta de participación en la vida comunitaria. Se buscaba constantemente mejorar las condiciones de vivienda de los trabajadores, promoviendo la creación de escuelas, espacios culturales y estructuras para

el tiempo libre. La fábrica estaba diseñada para integrarse armoniosamente con el paisaje urbano y agrícola circundante, mientras que la ciudad se convertía en un lugar donde la vida social y cultural era rica en relaciones humanas. De esta manera, Ivrea se transformó en un laboratorio de ideas, un ejemplo de cómo la fábrica puede contribuir al bien común cuando la industria se convierte en un agente de desarrollo humano y social.

El experimento social y económico de Ivrea se inserta en una idea de "economía civil" que Olivetti concebía como una síntesis entre la libertad de empresa y la justicia social, con el intento de superar de manera práctica las irresueltas contradicciones entre el capital y el trabajo. En este modelo, la industria se consideraba un actor activo del progreso. En la ciudad de Ivrea, el trabajo y la vida social estaban entrelazados.

El modelo olivettiano se caracteriza por su atención a la persona, la comunidad y la sostenibilidad social de la empresa. Ivrea se convirtió en un ejemplo concreto de cómo la industria, en armonía con el territorio y las personas, puede contribuir a un progreso que no se mide únicamente por el PBI, sino por el bienestar humano. Olivetti, con su visión, demostró que una fábrica que se preocupa por sus empleados, la cultura y la calidad de vida es capaz de generar no solo beneficios económicos, sino también un impacto positivo en la sociedad.

En el nuevo orden delineado por Olivetti en *El camino de las comunidades*, frente al modelo de las nacionalizaciones, se propone una visión social alternativa: el modelo de las "industrias sociales autónomas". Este modelo es un instrumento de progreso técnico y social basado en un fuerte sentido de comunidad e inspirado en los siguientes valores: democracia, trabajo y cultura.

Además del ejemplo de Ivrea, resulta significativo el modelo de los establecimientos de instrumentos ópticos de precisión Zeiss en la ciudad de Jena. Según Olivetti, en este modelo emergen múltiples aspectos que se integran mutuamente y que definen el sentido de la perspectiva comunitaria: las competencias científicas de la universidad, la fuerza laboral, el progreso técnico de la industria y el progreso general de las comunidades y de la ciudad. Todos estos elementos contribuyen a la formación del orden económico, social y político de la comunidad y de la ciudad de Jena.

VI. Conclusiones

Adriano Olivetti fue un pionero en una visión de la economía que anticipó muchos de los desafíos y demandas sociales que caracterizan el debate contemporáneo. Frente a la crisis económica, moral y material provocada por los efectos desastrosos de la guerra, Olivetti identificó como única solución posible el renacimiento impulsado por valores espirituales, considerados valores eternos. Según Olivetti, solo a partir de estos ideales de justicia y libertad, colocados como cimientos sólidos de la reconstrucción y el progreso, puede surgir también el progreso material y económico. Lo que Marx consideraba y descartaba como una superestructura opresiva (ideales, valores éticos y religiosos), derivada de una estructura económica capitalista, Olivetti lo entiende como una condición fundamental y estructural de la sociedad y del auténtico progreso humano. Esto da lugar a un humanismo civil que reconoce la trascendencia de la persona y su dignidad ontológica, invirtiendo y superando así la concepción ideológica del materialismo histórico.

La concepción de la fábrica como fábrica de bien y de crecimiento humano, el compromiso de Olivetti con la dignidad de la persona y del trabajo —entendido como vocación y valorización de los talentos de las personas—, y su extraordinaria actividad económica y social, a pesar del ocaso de esta experiencia industrial, permanecen como enseñanzas fecundas para una filosofía empresarial. Al combinar la actividad económica con la justicia social, Olivetti buscó dar concreción histórica al humanismo cristiano que inspiraba su visión y su compromiso social, económico y político.

Olivetti nos ha enseñado que la economía puede y debe tener un rostro humano. Su programa político y económico no es una utopía, sino que nace del deseo de poner nuevamente en el centro la dignidad de la persona y el cuidado del mundo. En definitiva, cualquier idea o actividad económica, social y política orientada al bien común siempre surge de la fuerza espiritual de los vínculos comunitarios que construyen la civilización del amor.

Referencias bibliográficas

- Olivetti, A. (2015). *La città dell'uomo*. Edizioni di comunità.
Olivetti, A. (2023a). *Ai lavoratori*. Edizioni di comunità.
Olivetti, A. (2023b). *Il cammino della comunità*. Edizioni di comunità.
Olivetti, A. (2024). *Le Fabbriche di bene*. Edizioni di Comunità.
Silmo, G. (21 de agosto de 2020). Centri Comunitari e I-Rur. *Olivettiana*.
<https://olivettiana.it/centri-comunitari-e-i-rur/>
Weil, S. (2016). *La condizione operaia* (trad. de F. Fortini). SE.

¹ Véase el discurso dirigido a los trabajadores de Olivetti, pronunciado en Ivrea en junio de 1945, inmediatamente después de la liberación del nazifascismo. Ver Olivetti (2024).